

JESÚS GARDEA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de Difusión Cultural/Dirección de Literatura/Voz Viva

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
Programa Cultural de las Fronteras



Programa
cultural de
las fronteras

Coedición: Universidad Nacional Autónoma de México
y Programa Cultural de las Fronteras

Primera edición, 1991.

DR © 1991, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.
Coordinación de Difusión Cultural/Dirección de Literatura/Voz Viva

DR © 1991, Programa Cultural de las Fronteras
Álvaro Obregón 273, Col. Roma, México, D.F.

Impreso y hecho en México

PRESENTACIÓN

Nunca podré olvidar la impresión que me produjo la primera lectura de los cuentos de Jesús Gardea, literalmente caídos en mis manos de la manera más inesperada hace ya diez años largos. Más de una vez le he agradecido a mi amigo el ingeniero Humberto Gardea el favor que me hizo aquel día en que, hallándome yo de visita en su casa, buscó la manera de “colar” en nuestra plática una petición por la que, muy al fino estilo mexicano, empezó a disculparse antes de hacerla. Sucedió, me dijo, que él tenía un primo, odontólogo de profesión, que vivía en Ciudad Juárez y que siempre había preferido el oficio de escribir cuentos al de sanar dentaduras averiadas. Ese primo, llamado Jesús, le había hecho llegar algunos de sus cuentos con la solicitud de dárselos a leer a quien él juzgara capaz de dar una opinión atendible sobre los mismos. Y, como según Humberto, yo era el único amigo escritor con quien él tenía suficiente confianza para cumplir el encargo de su primo...

Ya en mi casa aquella misma noche, empecé a leer el primero de los cuentos que formaban el grueso legajo de cuartillas mecanografiadas. Todo buen lector de cuentos, aunque no sea un teórico del género, sabe que un cuento revela su calidad desde la primera de sus oraciones. Si ésta es débil —vale decir si no introduce al lector de manera irrevocable en la entraña del texto—, lo más aconsejable es abandonar la lectura y buscar otra más prometedora. Si, en cambio, esa primera oración (breve o extensa, no es eso lo que importa) logra apresar la atención del lector sin reparo ni titubeo, el cuento tiene que ser bueno y es mandatorio acabar de leerlo. Y puede apostarse sin temor a equivocación que su última oración será tan buena, quiero decir tan eficaz, como la primera. Y esto se debe, como también es muy sabido, a que un buen cuentista nunca concibe sus cuentos por el principio sino por el final. Lo cual equivale a decir que, en la cabeza de su autor, un cuento siempre es algo que ya sucedió, no que está por suceder mientras aquél lo escribe; y que un cuento, en rigor, es su final. De ahí que ningún cuentista, por novato que sea, empieza a escribir un cuento sin saber cómo va a terminar, de la misma manera que un arquero, al disparar su flecha, conoce de antemano el blanco a que va dirigida. El resto del cuento, o sea lo que se escribe entre la primera y la última oración, es entonces perfectamente comparable con el vuelo de la flecha: sostenido y recto. Una novela puede volar, y generalmente lo hace, deteniéndose aquí y allá por puro instinto, caprichoso o necesario, no lo sé bien pero para el caso da lo mismo. Lo que sí creo saber es que en eso, precisamente, consiste uno de los encantos del género largo (largo pero no “mayor”, como creen algunos desavisados). El cuento ha sido comparado también, desde los tiempos de Edgar Allan Poe, con una fórmula matemática, las mejores de las cuales son aquellas que los propios matemáticos llaman “ele-

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

gantes”, o sea las que expresan lo que tienen que expresar con el mínimo posible de elementos. En un buen cuento, para decirlo con otras palabras, no debe faltar ni sobrar nada, y esto incluye desde un personaje hasta un adjetivo (y en algunas ocasiones, no bromeo, hasta una coma).

Aquel primer cuento de Jesús Gardea (el primero, quiero decir, de los que empecé a leer aquella noche) me puso por delante, sin asomo de exageración de mi parte, a un cuentista hecho y derecho. Si es cierta la afirmación, y para mí siempre lo ha sido, de que un cuentista nace y no se hace, allí había una buena comprobación del dicho. Pero como soy de los que creen que para muestra *no* basta un botón, empecé a leer el siguiente cuento decidido a no dejarme arrastrar por mi entusiasmo inicial. No hubiera sido necesaria la precaución, porque descubrí —¡eureka! por segunda vez— que ese segundo cuento no tenía nada que envidiarle al primero. Ni el tercero al segundo, ni el cuarto al tercero, y así sucesivamente. Cuando leí el último, y eran alrededor de veinte si no recuerdo mal y ése pude haberlo leído a la luz del nuevo día que ya empezaba a entrar por la ventana de mi habitación, comprendí que lo que tenía entre las manos eran dos excelentes libros de cuentos. Esos dos libros fueron, en efecto, gracias a la buena voluntad que en dos grandes editoriales mexicanas encontramos mi amigo Jaime Labastida (cuya complicidad solicité y obtuve en aquella empresa y yo, *El viernes de Lautaro* (Siglo XXI, 1979) y *Septiembre y los otros días* (Joaquín Mortiz, 1980).

A la excelencia de aquellos cuentos, digámoslo para entrar ya en materia prologal, contribuían varias virtudes. Una de ellas, la más evidente a simple vista, quiero decir a la primera lectura, era su notable originalidad. Lo más esperable, en el caso de un escritor novel, es la presencia de las llamadas influencias, que yo, por cierto, tratándose de artistas talentosos, prefiero llamar afinidades; y en aquellos cuentos de Jesús Gardea no encontré huellas de ninguno de los maestros reconocidos del cuento mexicano contemporáneo. Busqué en ellos alguna resonancia de Efrén Hernández, de José Revueltas, de Juan Rulfo, de Juan José Arreola; y la búsqueda fue vana. Alguien me ha hablado de cierta afinidad con William Faulkner, seguramente porque Gardea empezó a crear, desde los comienzos de su ya nutrida obra, todo un universo geográfico-narrativo, y eso puede hacer pensar en el famoso condado de Yoknapatawpha faulkneriano; pero harían falta más pruebas para hacerme aceptar la idea de un vínculo artístico directo.

El universo gardesiano tiene su centro urbano en el mítico Placeres, alusión tal vez a la real Delicias chihuahuense, y su periferia es una dilatada extensión semidesértica poblada por hombres y mujeres cuasi fantasmales aun en su detallada corporeidad aparente:

figuras enigmáticas que entregan su identidad con una parsimonia ajena a todo abuso verbal: seres cuyas voces tienen más de eco que de recta elocución (una de las novelas de Gardea, por cierto, se intitula *El tornavoz*), cuyas sombras son a veces más reales que sus cuerpos, y cuyos pensamientos parecen ir dirigidos más a sí mismos que a cualquier interlocutor posible. Ellos son así porque su mundo dominado por la sequía o la lluvia igualmente despiadadas, el polvo y el sol que señorean una vegetación mezquina y una fauna también insignificante y triste, los ha hecho así. Y, sin embargo de esos seres irradia una intensidad vital que supera con mucho la de tantos personajes extravertidamente angustiados o locuazmente razonadores de otros tipos de literatura. De ahí que Jesús Gardea sea uno de esos escritores a los que hay que leer, por decirlo de algún modo, más hacia adentro que hacia afuera.

Los tres cuentos que integran este disco son buena prueba, me parece, de lo antedicho (que es muy poco, ya lo sé, para “presentar” a un escritor del tamaño de Jesús Gardea). “Arriba del agua” es la brevísima historia de un encuentro fortuito que nos da, con una insuperable economía de sucesos y de lenguaje, la angustia sin límites de un mundo alucinado por la cruel indiferencia de un entorno despojado de todo signo de esperanza. Es un encuentro de dos soledades que coinciden, sin ánimo ya para la rebeldía o la condolencia, en la última frontera del desamparo. Y, con todo, no sucumben. Los renglones finales del cuento son, inesperadamente, un himno en sordina, pero himno al fin, a la fuerza irreprimible de la vida:

La muchacha se para.

—No te vayas, Jimena.

—No.

—Ven.

La muchacha se acerca. Vuelvo a soñar con el río, con los caracoles y la frescura. Los olanes de la blusa ceden al ímpetu de la corriente; se abren como las alas de una paloma volando arriba del agua, de las frutas.

“De alba sombría”, el segundo de los relatos, es un magnífico ejemplo de la maestría con que Gardea estructura sus narraciones, distribuyendo las claves significativas del texto de tal modo que hace innecesario el esfuerzo explicativo:

Entonces tomo una mano de Alba. Le envío recuerdos de su infancia. Ella me entiende, lectora capaz de la sangre de mis pulsos, como ya antes lo había sido del murmullo frente al resplandor.

El viento redobra en las tablas de la puerta. Jadean las aldabas de las pezuñas. Se está cansando y yo recuerdo a Palmira y Alba jugando a levantarse las faldas en lo más recio del verano.

Una imagen del trigo que crece en la sombra de los valles me asalta con mucha crueldad. Es un hierro candente. Me quema los huesos. El hervor de mi sangre, agrandándose en alguna cúpula que no veo, opaca el murmullo de afuera, me inunda de vapores y de una fragancia de hierbas.

Los diálogos, al sugerir tanto o más de lo que informan, son al mismo tiempo conductores de una trama y testimonios sutiles de estados de ánimo que el lector va percibiendo mediante un proceso de identificación tan inmediata que llega a ser inadvertible la existencia de un autor. Con este recurso se logra que el desvalimiento en que viven los personajes de Gardea “contagie” inevitablemente al lector privado de la guía orientadora, pero a fin de cuentas opresiva, del autor omnisciente del realismo tradicional.

En “La guitarra”, el más extenso y complejo de los tres relatos (y una verdadera pieza antológica del género), pone Jesús Gardea de manifiesto sus mejores dotes de narrador moderno en plena posesión de sus recursos. Cabe señalar en primer término su prosa toda nervio, cuya tensión no afloja un solo instante desde el arranque mismo del cuento

El hombre descolgó la guitarra de la pared. Luego buscó dónde sentarse. Había sólo una silla, junto a la ventana. El hombre se sentó. La luz del sol chocó contra sus espaldas. El hombre se inclinó sobre la guitarra. La mano del mástil permaneció quieta, como ajena al resto del cuerpo. Era como un pájaro de uñas recias y sucias,

hasta el final (que por obvias razones no adelanto aquí) que ilumina como un relámpago el *pathos* esencial de la historia narrada, conmovedora como pocas que yo recuerde en su humilde y casi anónima tragedia. Y entre ese comienzo y ese final —insustituibles y definitivos como deben ser los de todo cuento perfecto— da muestras el autor de su extraordinaria capacidad de penetración en el mundo interior de sus personajes, sirviéndose del detalle más significativo y virtualmente imprescindible. Así evita incurrir en la reflexión o el comentario ajenos a la conciencia del personaje, que lanza sus palabras y sus pensamientos directamente, sin intermediarios evidentes o disfrazados, a la conciencia gradual e implacablemente alertada del lector. Y ello sin recurrir al ya nada novedoso monólogo interior, tan innovador en sus creadores pero tan poco original a estas alturas en la mayoría de sus epígonos. Gardea prefiere otorgar a sus creaturas una autonomía tan completa, tan exenta de intromisiones autorales, que el lector, en lugar de verse obligado a descifrar “técnicas” narrativas más ornamentales que funcionales en muchos casos, queda situado frente al personaje en su más viva y entrañable realidad existencial.

Para quien todavía no haya leído los cuentos y novelas de Jesús Gardea, la atenta audición de estos relatos puede y debe servir como puerta de ingreso a uno de los mundos literarios más fascinantes y ricos del México contemporáneo.

LADO A

De De Alba Sombría, 1979

ARRIBA DEL AGUA

El ruido se mueve, se aproxima. Las piedras revientan de sol. La sequía no va a dejarnos nada; ni el juicio siquiera. Dicen que en el llano andan almas resucitadas de animales. Que llevan en orden sus huesos pisando firmes la tierra. Tantos años sin agua, dan para todo. Espantos y fantasmas. Suena, acompasadamente, el ruido: dos golpes, y luego, vuelta a empezar. Qué bochorno. Y, de pronto, una ola de cálido silencio. No es el de todos los días, y la ola ha arrastrado una sombra hasta mi puerta. Me oscurece el aire.

—Buenas tardes— me saluda, desde la sombra, una mujer. La miro. Las mujeres enloquecen al último.

Esta viene vestida de largo, color blanco. Usa lentes negros, de mica, que casi le llenan la cara. Del cuello de su vestido, como del pico de una cerveza abierta, le escapa un borbollón de olanes que luego se le seca en el pecho. Abajo de los olanes, descubro un botecito colgando del cuello; parece el tambor de un niño. La mujer lo toca con un palito. La mujer apoya el palillo en la lámina, de punta, como un cuchillo.

—Buenas tardes— contesto.

Grande, la potencia del resplandor de la calle. La mujer está como parada en un viento luminoso.

—Entra.

Ella levanta el palito y se rasca una oreja con él.

—Entra. Una sombra; un lugar para que te sientes.

La mujer me está mirando con sus lentes como alas de murciélago.

—He caminado— se queja—. Como los animales que penan por el llano.

La mujer es una muchacha; y las muchachas son campos de alfalfa. Fuera de la resolana, recobra su centro; se aprieta.

—La permanencia es voluntaria—.

Sentada ya, se encaja el palito en el peinado. El tamborcito queda entre los muslos, sepultado a medias. Los brazos, cruzados al frente, aplastan la espuma de los olanes. La boca de la muchacha es como la de un ciego. Sus labios, aunque mordidos por la codicia del sol, siguen siendo hermosos.

—Oí tu pregón— le digo.

Ella abre, despacio, la boca.

—No pregono nada.

Corrijo entonces.

—Tu botecito. La gotera.

La muchacha baja los brazos y pone las manos en los muslos.

—Una sombra —dice—. ¿Y la sed?

Sin contestarle, voy a la tinaja. Lleno allí un vaso con agua, y regreso.

—Está echándose a perder.

—¿Qué tiene?

Miro el agua, después el calor infeccioso de afuera.

—Apesta— respondo.

—¿Mucho?

—No mucho.

—¿Nada más?

—Bichos también.

—¿Lodo?

—No. Eso no.

La muchacha levanta una mano.

—Bueno.

Le doy el vaso y la espero a que termine de beber.

—Siembre me ofrecen agua fangosa, ¿sabe? Me van a enfermar.

Su aspecto es ahora el de una niña, el de un vivo desconuelo.

Le paso la sombra de una mano por los olanes, el botecito y la falda.

—No— le digo.

Los trastornados van y vienen; ninguno permanece. Son como nosotros recordamos eran las nubes aquí. Unas horas en las rabias del sol, y luego, nada.

—La voz de tu botecito me interrumpió.

—¿Qué hacía usted?

—Soñaba con un río.

Algunos trastornados, regresan a sus casas, de mano de sus familiares; pero otros, la mayoría, se meten al llano, nadie los vuelve a ver. La muchacha comienza a temblar como un junco.

—Los ríos son peligrosos— me dice.

Por el rumor y el jadeo del agua, no la oigo bien.

—Qué.

—Hay otras cosas.

Crece el río. Se mecen los tules. En los remolinos, caracolitos, arena. Tal vez los caracolitos vengan del mar, o del fondo mismo de las aguas despiertas. Los caracolitos son blancos como la muchacha.

—Es un encargo— murmuro...

—¿Es un río de mayo?

—De mayo, sí.

—Peor, entonces.

En los remolinos, brilla y truena el sol. Me deslumbra; me ensordece. Los tules, el junco, tiemblan en medio de la canícula. Hun-

do una mano en la tinaja. Por su boca sale no el olor a podrido, sino el del agua y los relámpagos. Mi mano resbala como un pez por las paredes lamosas; siento los caracolutos. La visita ha parado de temblar; está serena. Como esperando. Me dice:

—Nadie puede cambiar de lugar un río sin secarlo; para qué acepta usted esos encargos.

Saco la mano de la tinaja.

—Le agradezco el agua— me dice la muchacha.

—¿Y la sombra?

—No. Mis lentes me la procuran.

—A tus ojos. ¿Y tu cuerpo?

—A los dos.

La muchacha se alisa el adorno. Luego, hace el ademán de coger una brizna. Ojalá y cuando ella se vaya la encuentren sus parientes. No es para las soledades del llano.

—El sudor me pica— dice.

La muchacha tiene su cara levantada hacia mí; me reflejan las oscuras micas. Se abre el vestido y mete una mano bajo los olanes.

—Yo también sueño— me dice.

El borbollón de los olanes, me impide ver; pero la mano se mueve en círculos.

—Qué sueñas.

—Caracoles; un venado, que se los bebe como si fueran gotas de agua en la hierba.

—Sueñas cosas dulces.

—A medias.

—Cómo te llamas.

—Jimena.

La mano de la muchacha vuelve a la falda. La mano debe de conservar el perfume de la fruta.

—Me tenían muy guardada. Hasta el día de hoy. Me dijeron: Jimena, vete al llano, necesitas el aire. Me arreglé los olanes. Me puse los lentes. Después, el botecito. Pero ya en el llano, tuve miedo. De los mezquites salían fantasmas muertos de sed.

—Eso cuentan, Jimena, que hay fantasmas allá.

La muchacha levanta una mano y extiende los dedos.

—Cinco. Todos tenían cuernos. Ninguno, como los del venado que hay en el calendario de mi cuarto.

La mano me deslumbra; su forma es perfecta; irradia, como una aparición. La imagino acariciando, envolviendo... Es un terciopelo profundo.

—Jimena, no me gustan tus lentes.

La mano baja; se desmorona el gesto.

—No sé si me estás mirando. No sé si de verdad sentiste el miedo o el agradecimiento que dices.

La muchacha se para.

—No te vayas, Jimena.

—No.

—Ven.

La muchacha se acerca. Vuelvo a soñar con el río, con los caracolutos y la frescura. Los olanes de la blusa ceden al ímpetu de la corriente; se abren como las alas de una paloma volando arriba del agua, de las frutas.

DE ALBA SOMBRÍA

No para el agua. Por las tardes, los truenos hacen temblar los vidrios de la ventana. Ellas corren a protegerlos, con las manos abiertas. Miro el vuelo de estas flores; se posan, se pegan a los trémulos. Y allí se quedan, grandemente quietas, y oscurecen aun más el cuarto. Retengo mi aliento. Una insignificancia mando al aire, incandecido por tanto relámpago. El golpe de los rayos en el cuerpo de la lluvia lo siento yo en el mío, árbol. Me aprieto el estómago; definiendo del retumbo el corazón. Los repiques aturden. Caño-nea la campana loca del cielo con ganas. Yo me doblo sobre mi puño incrustado en el estómago; brasa, huesos febriles. Las muchachas en la ventana han vuelto, como todas estas tardes su cara a un lado, y cerrados los ojos. Las luces las encandilan. La ventana tiene la altura de un día de sol. Pero Alba y Palmira la alcanzan bien. La húmeda claridad que baja del toldo ruidoso ilumina sus brazos desnudos, sus hombros y su pelo rubio, sombría borrasca de espigas. Alba es la menor. Se cansa pronto. Entre fogonazo y fogonazo, abre los ojos para mirarme y solicitar de mis prevenciones una tregua, pero yo me niego, muevo los labios: imposible —digo—, si todavía hay trifulca. Y Alba cierra de nuevo los ojos, y yo abato los míos. El piso se pone prieto. Las paredes. Aliviada, Palmira suspira al mismo tiempo. La oigo como cuando una flor nos llama desde algún lugar secreto en la hierba.

Se comienzan a apaciguar los truenos. Saco el puño de la boca de mi estómago. Me enderezo. Las muchachas retiran sus manos de los vidrios. Como palomas entumecidas. Luego vendrán a sentarse junto a mí: Palmira desgranando todavía suspiros; Alba, triste a causa de mi desconsideración.

Apagado el cielo, las voces del agua, intensas, recobradas, rebotan en los vidrios y en la puerta. Entonces tomo una mano de Alba. Le envío recuerdos de su infancia. De aquel azul. Ella me entiende, lectora capaz de la sangre de mis pulsos, como ya antes lo había sido del murmullo frente al resplandor.

Ya no es visible la ventana. Alba y yo nos soltamos las manos; ponemos fin.

Y en eso, el viento. Sonador de aldabas.

Palmira me toca la ropa, pide los cerillos. Se los doy. Nos atemoriza la oscuridad.

El pelo de Palmira, el hebrerío de esponjado oro, arde, fosforece con la llamita de la lámpara acabada de encender. Palmira alza la vista a la ventana, otra vez visible. Afuera, al viento se le oye trenzar la lluvia. Restallan puntas en las superficies rugosas de los vidrios. Como absorbida por este culebrear del agua, Palmira empieza a alisarse las crenchas, a dos manos. La contemplamos en silencio; Alba como si la otra estuviera haciendo magias. Pero Palmira se detiene. Sin dejarse el pelo ni voltear tampoco, llama. Alba se levanta. Va.

—Aquí estoy, ¿qué quieres?

Y como todas las noches, las de lluvia, la otra responde:

—El peine, hermana.

Ambas están de espaldas a mí. No veo cuando se lo entregan a Palmira. Pero la miro hundirlo después en el caudal. Ladeando el fuego contenido de su cabeza, Palmira concentra su mimo en una sola crencha.

El viento sigue aporreando nuestro cascarón. Cabalga por la

azotea, se mete con el agua. Se muere por quebrarnos. Se llevaría a las muchachas si yo, abriéndole la puerta, lo dejara entrar. Alba lo sabe. Anoche me lo confió en la madrugada; dormían ya la hermana y el aire. Dijo, y el pelo suelto le oscurecía las cubiertas frutas del pecho, que el viento tenía fuerza para todo: para las casas y los montes. Le desahijaba los árboles a la tierra. Transportaba niños de un pueblo a otro. Mujeres. Circos de animales. Alba temblaba, como el agua en los vidrios, al estarme enumerando los trabajos del rondador.

El oro que Palmira peina se torna cada vez más claro, ilumina, reverbera por su cuenta. La otra mitad, la otra crencha, parece ya en comparación estopa, hilaza triste. La cadencia del rastrillar se espacia. El peine negro abandona la corriente abajo, en el fleco irregular, lleno de luces. A menudo lo confundo con una diadema y sus piedras, que Palmira fuera a plantarse en la coronilla. Alba me ha dicho que a ella le pasa igual. Palmira termina.

El viento redobla en las tablas de la puerta. Jadean las aldabas de las pezuñas. Se está cansando y yo recuerdo a Palmira y Alba jugando a levantarse las faldas en lo más recio del verano.

—Ahora tú —dice Palmira.

Alba toma el peine. Sin prisa —le recomienda Palmira.

—No me lo repitas.

Palmira se ríe.

—No —dice— dispénsame.

Alba comienza con calma, con el pelo de Palmira.

El viento se frota ahora como un sarnoso en las esquinas de la casa. Su cansancio es grande. Todas las sonajas se le han muerto, perdieron la fiereza. Se ahila.

Las voces ya están volviendo; vuelven sus coros dispersos a la ventana, a nosotros.

Palmira, mientras la otra la peina, me dice, delante del rumor:

—Don Efraín, yo no entiendo.

A Palmira le gusta hablar. No es como su hermana, subterránea.

Bajo los árboles, o bajo el desnudo sol del llano, la que invariablemente me saludaba era Palmira. Alba no. Casi nunca. La hermana tal vez la cohibía. Palmira, la de los saludos, la del agua chispeante en la superficie, sí; pero Alba, la de las breves llamaradas en la sombra.

—¿Qué es lo que no entiendes, Palmira?

Las dos muchachas se aburren en este encierro de las tardes y las noches lluviosas; mucho Palmira.

—El agua, luego los truenos, y después el viento, don Efraín.

—El agua se queda.

—Sí. Pero es ella la primera. Jamás los otros.

Alba se halla ausente de lo que hablamos. Bruñe la crencha de perfil a mí, caídos los párpados.

—Ése es el orden, desde el cielo.

—¿Siempre, don Efraín?

—No siempre. Estos días ha sido así, Palmira.

—Bueno. También yo digo eso. El año pasado las tres cosas brotaban revueltas; a veces nos faltaba una. Usted no estaba aquí, no lo supo.

Me divierte la plática.

Alba sigue al margen. Palmira me pregunta, tras un instante de silencio:

—Y ¿por dónde andaba usted, don Efraín?

Alba se prende el peine en su propio pelo y comienza a acari-

ciar el de la hermana. Las manos de Alba son tan bellas como sus ojos; lustran la corriente del oro.

—Por el mundo, Palmira.

—Sí, eso nos dijo la abuela, ¿verdad, Alba?

Alba parpadea, suelta la crencha. Sus largas pestañas baten la penumbra, los fulgores del otro pelo. Voltea y me mira, y es como si los coros de afuera se hubieran aposentado en ella y le prestaran su gracia.

—Sí —responde.

Palmira se da la vuelta; Alba también. Con la luz de la lámpara a sus espaldas, semejan apariciones.

El aire del cuarto se torna inmenso entonces. Retrocede el círculo de la lluvia y sus cantantes.

Palmira se echa el pelo para enfrente.

—¿Es muy redondo el mundo, don Efraín? —me pregunta.

—No, Palmira. No, Alba. Tiene hondonadas; lugares sumidos, y ahí se pudre el agua o se junta el polvo.

Las miradas de Alba siguen habitando las mías. Se quita el peine de la cabeza y se lo guarda en una bolsita del vestido. Adivino que algo va a decirme.

—La abuela cuenta que usted regresó de allá tristísimo, don Efraín.

Las palabras de la muchacha son como rayos del sol. Hacen que salte el polvo de los agujeros; que vivan de nuevo las aguas estancadas. El olor de la lluvia, adentro.

Debería callar. Pero Alba espera.

—Eduwiges —le digo— es la exageración.

Con el día de hoy son ya tres que las hermanas me acompañan. Llegan en la tarde, duermen aquí y se van por la mañana, en la lluvia, tapadas con un hule. Alba sólo hasta ayer habló conmigo. Por miedo al viento.

Después de haberle contestado, Alba desvía de mí su mirada. Ahoga las voces que la socorrieron.

—Más cosas no entiendo —me dice Palmira, enredando sus dedos en el pelo. Yo ya no quisiera que hablara. Deseo fundirme al silencio de Alba. Sin embargo, me oigo preguntar:

—Como cuáles, Palmira.

—Como la de que usted tenga terror a los truenos, don Efraín. Como los niños.

—A los truenos no, Palmira, pero sí a que los vidrios se rompan.

Infinitamente leve, la muchacha sonrío por lo que acabo de decirle.

—En el pueblo, don Efraín, el cielo nunca ha roto un solo vidrio.

La lluvia terca; los desvaríos del viento, sus embestidas y bufidos. Estas cuatro paredes, el fastidio de las horas y horas sin sol, nos empujan a hablarnos así.

Palmira tiene una jaula de palomas latiendo debajo de la blusa. Le miro con fijeza el pecho. Ella me siente. Y desbaratando un rizo me voltea a ver. Nos encontramos en el aire, una fracción de segundo; sólo un tiempito, porque luego, asustados por la memoria de Alba, mis ojos huyen.

—Son las piedras las que los dañan, don Efraín —me dice Palmira.

—Jamás había llovido tanto, creo.

—Don Efraín, ¿y eso qué relación hace con los vidrios?

Alba se mueve en su silencio. La oigo. La invito a que vaya

a dormirse ya. Palmira me secunda. Pero Alba está sorda y sin ojos para nosotros. La dejo y le contesto a la otra:

—La lluvia los adelgaza. Los gasta, como gasta el agua la orilla de los ríos, Palmira.

—No es verdad, don Efraín.

Me levanto.

—Es verdad, Palmira —replico—. Y el peligro está en que, por el golpe del trueno, salgan volando en pedazos por el cuarto y nos hieran.

Palmira niega; agita las puntas doradas de su pelo.

—Don Efraín, usted se lo imagina. La abuela dice que usted volvió enfermo. Lloroso. Malo del corazón.

Me acerco a Alba.

Palmira sigue con la vista mi mano que se posa en el hombro de su hermana.

—Alba —le pido a la muchacha— vete a acostar, no dormiste anoche.

Alba alza los párpados.

—¿Y Palmira?

—También ella —le respondo— también ella.

Los coros de la lluvia se tumban después de las hermanas, pero no se callan; cuchichean delante de nuestra ventana. Así van a durar toda la madrugada. Así, hasta que amanezca. Reiniciarán el canto, entonces.

Contemplo el sueño de las muchachas, el revoltijo de sus cabelleras, confundidas las mansas corrientes sobre la almohada.

Yo no duermo. Me desvela Alba. Eduwiges, la abuela, a pedido mío las mandó para que cuidaran mi sueño, de mi corazón, en la tormenta, y ahora resulta que soy yo quien se preocupa por ellas.

De Alba.

La lámpara en el centro del cuarto, su llama, que de cuando en cuando ondula como una bandera, nos ilumina a los tres apenas. Mi rostro. Las colinas y los montes de los otros cuerpos.

Una imagen del trigo que crece en la sombra de los valles me asalta con mucha crueldad. Es un hierro candente. Me quema los huesos. El hervor de mi sangre, agrandándose en alguna cúpula que no veo, opaca el murmullo de afuera, me inunda de vapores y de una fragancia de hierbas.

Palmira me despierta.

—Se acabó el agua, don Efraín —me dice, y se sonríe, como cuando nos saludábamos en el llano. En los árboles.

Miro al cielo a través de la ventana: profundo, cristalino.

Miro a la muchacha. Advierto que ha juntado sus crenchas en una sola, y que trae otro vestido.

—Paró desde temprano. A nosotras nos despertaron las ranas, don Efraín.

Palmira tiene la puerta de par en par.

La mañana huele inmensamente a agua. A la pólvora de los relámpagos, a fulminaciones.

Palmira anda descalza, sus pies relumbran en el piso como cucharas de plata. Le pregunto por los zapatos. Se ríe otra vez y me enseña la planta de un pie, oscura de lodo.

—El llano amaneció debajo del agua. Esta su casa no, porque es altita, como la de la abuela.

He estado oyendo a Palmira no muy bien despierto, pero cuando ella menciona a Eduwiges, sufro una sacudida.

Busco en torno mío a la muchacha. No la veo.

—¿Y tu hermana? —le pregunto a Palmira.

—Se fue, don Efraín.

Un dolor de lado a lado me desgracia la luz de la mañana. El aire, en el fondo del corazón, se retuerce. Me araña el pecho.

Mis palabras, gimiendo, no hallan camino, caen mucho antes de poder llegar a mi garganta.

Palmira se va a la puerta. Allí la reciben los reflejos del agua y le acarician las partes más dulces del cuerpo. Se enredan a sus tobillos.

—Alba y yo nos fuimos juntas —me dice Palmira—, pero yo volví, por la abuela. Quiere saber si no se le ofrece a usted nada.

La muchacha sale. La luz del sol resuena en sus caderas.

De pronto, se da la vuelta y agrega:

—Bueno, también volví para darle un recado. De Alba, don Efraín.

LADO B

LA GUITARRA

El hombre descolgó la guitarra de la pared. Luego buscó dónde sentarse. Había sólo una silla, junto a la ventana. El hombre se sentó. La luz del sol chocó contra sus espaldas. El hombre se inclinó sobre la guitarra. La mano del mástil permaneció quieta, como ajena al resto del cuerpo. Era como un pájaro de uñas crecidas y sucias. Las cuerdas sonaron entonces. Despacio. El ojo de la guitarra no parpadeó siquiera: seguía dormido. La mano que pulsaba, lucía una ceñida cadenita de metal en la muñeca. Cuando la última cuerda se apagó, el hombre enderezó la cabeza y me dijo:

—Cuánto se olvidan ustedes de las cosas...

Yo miré la huella de la guitarra en la pared. En medio de la blanca cal, era de un blanco extremo. Mis ojos recorrieron la pared hasta la ventana. Yo no veía al hombre, pero sabía que estaba abrazando la guitarra con ambos brazos.

—Como unos diez años de olvido —murmuró.

Por la ventana podían verse las casas desperdigadas por el llano, recortados sus pretiles limpiamente por la redonda tijera del sol. Donde se juntan los muros con la tierra escurría ya la sombra. La sombra: como el agua de una tinaja. Era la una, el tiempo de mi siesta. Esa tarde, sin embargo, yo no iba a dormir. No con la sorpresiva visita. Mis ojos dejaron el claro de la ventana y la soledad punteada de casas. Una olita de sopor me acarició. La guitarra volvió a sonar. Las cuerdas fueron rasgueadas enérgicamente un par de veces. Luego se hizo el silencio. Miré al hombre, que me estaba mirando.

—Me han contratado para que lo entretenga a usted —me dijo.

Yo no le noté nada; pero tenía sal en los labios; un páramo de sal en la voz. Descansaba la guitarra sobre sus piernas cruzadas. Después de hablar se había quedado quieto: sin duda esperaba que yo dijera algo. Volví a fijarme en su pulserita barata y el luto de las uñas, y continué callado. Él se impacientó. Cambió de postura.

Puso vertical la guitarra apoyándola en un muslo. Luego me advirtió:

—Pero no sirvo para eso, ¿sabe?

El listón del que colgaba la guitarra en la pared, y que estaba atado a la parte terminal del mástil, era azul. Reparé en él cuando el otro tornó a llevar el instrumento a la misma posición de antes. El listón, con su doble vuelta, se meció levemente. A mí se me antojó entonces de terciopelo, por la forma en que se había movido en la luz del cuarto, como lo hacen las telas pesadas. Una cinta de bramante hubiera esbozado distinto movimiento: el de una brizna. El hombre, después de su advertencia y después de un corto silencio, me lanzó a la cara estas palabras:

—Y a usted, ¿dónde se le olvidó la lengua?

Entendí por qué lo decía. Por lo de la guitarra. Apoyé la palma de las manos en la cama y me enderecé un poco:

—¿Quién es usted? —le pregunté, y traté de endurecer la voz y de que reflejara otro páramo.

—No entró aquí un perro, ¿sabe? —me respondió.

—Yo no esperaba a nadie —le dije.

Él, a modo de contestación, tañó una de las cuerdas graves.

—Y ésta es, además, la hora de mi siesta —añadí.

El hombre volvió a la misma cuerda gruesa. Yo aparté los ojos de él y miré de nuevo a las casas, a las sombras que crecían hacia nosotros. La soledad del llano no es silenciosa. Si uno sabe oírla, se queja como un corazón sediento lejos del agua.

—¿Oyó usted? —me preguntó el hombre.

—Qué.

—La cuerda. Totalmente desafinada. Agria. Así no es posible tocar nada.

—No. No es posible —asentí, cerniendo la vista en la soledad de afuera, en la del cielo más allá de las casas y del llano. Pero entonces, de repente, el hombre se levantó de la silla y se paró delante de mí, a los pies de la cama. Agarraba la guitarra por el mástil. Me la mostró.

—Hay que afinarla —dijo, y el ojo del instrumento me miró sin mirarme, todavía dormido—. Tendré que llevármela.

Luego salió del cuarto con la guitarra. Lo oí hablar después con la gente de la casa. No por mucho rato, porque en seguida comencé a hundirlos en mi sueño a todos.

Al día siguiente, el hombre no regresó. Lo esperé toda la mañana. Toda la tarde. No dormí la siesta. La huella de la guitarra en la pared me estaba como llamando, y hacia allí llevaba mi vista constantemente. Pero miraba también la silla donde el hombre se había sentado con el cuerpo de la guitarra entre sus brazos. A través de unos agujeritos en el respaldo se filtraba, con un susurro de líquidos mansos, el sol de la mañana. Llenaban el lustroso asiento de pequeños lunares. No recordaba yo los agujeritos. Quizá los habían practicado para favorecer la circulación de la luz y del silencio. Y dio la una de la tarde. Y comenzaron a sonar entonces voces detrás de la puerta. No entendí qué decían, pero estaban destruyendo la gran tranquilidad de la casa. Al cabo de una hora se callaron. Creí que era porque el hombre había vuelto. Y pensé que pronto vendría de nuevo al cuarto. Pero no: en su lugar apareció uno de la casa. Vino hasta los pies de la cama y se apoyó con las manos, como en un barandal, en el tubo de latón. Mirándome, se puso a morder el bigote izquierdo:

—Qué te dijo —me preguntó luego, soltándose las cerdas.

La huella de la guitarra era una huella de mujer. Su grupa estaba resplandeciente.

—¿Qué te dijo quién? —pregunté yo a mi vez.

—El hombre.

—Nada.

—Ustedes dos hablaron.

—Bueno. Dijo que la guitarra se moría.

—¿La guitarra?

—Por la incuria de ustedes. El hombre no me lo dijo, pero a la boca le brotó la pena del alma por las condiciones en que encontró el instrumento. Lo pulsó, su oído enamorado pegado a ella.

—Es un hombre con ventoleras. ¿Qué más te dijo?

—Que se iba a llevar la guitarra.

—¿A dónde?

—No sé. A su casa, tal vez.

—¿Su casa! No tiene casa aquí.

Miré de nuevo la huella de la guitarra en la pared. El otro retomó su bigote. Se apartó de la cama y se puso a caminar por el cuarto. Le recordé la silla, el obstáculo. No me hizo ningún caso. Continuó caminando y escupiendo pedacitos negros de cerda. Luego, de pronto, se detuvo:

—Resulta que esa guitarra es una auténtica joya, Miguel —me dijo—. El hombre nos lo reveló en el momento que cruzaba la puerta para irse. Jamás lo hubiéramos imaginado. Reaccionamos algo tarde. Debimos haberlo detenido. Que afinara aquí, entre nosotros, rodeado de nuestro vasto arrepentimiento, de nuestro naciente amor por la música. Pero salimos a buscarlo de todos modos. Un martirio el pueblo. La soledad, el sol, no son compañía, Miguel.

—A ustedes es raro verlos en la calle. Por eso los tortura el sol.

—Pero al hombre lo buscamos también en las sombras.

—¿Y entonces?

—Aún así.

—Las sombras suelen ser otra cosa, dicen. Un reverso del sol, mil veces peor que el sol mismo.

—Sí. O vericuetos de harta soledad. Pero déjame decirte a lo que vengo. Queremos que digas, en caso de necesidad, que el hombre entró a robar y que te amenazó. Que fue violento contigo. Nos hemos propuesto encontrarlo y quitarle la guitarra a como dé lugar. Sabás piensa que el instrumento vale miles, miles de pesos.

—Todavía pudiera volver el hombre, Saltiel.

—Desde luego, Miguel. Son apenas las tres, y falta que caiga la tarde.

—Si ustedes quieren...

—Uno de nosotros se va a quedar aquí para recibirlo si acaso regresa.

Pasaron dos días. El hombre no volvía. El silencio en la casa era total. Se habían olvidado de mí, de traerme de comer y de beber. Cuando me acabé las sobras del último plato que me habían llevado y la última gota de agua, hice un esfuerzo y me levanté. La huella de la guitarra bailó unos momentos delante de mí. Como Saltiel, busqué el tubo de latón, para no caer. Miré por la ventana, las borrosas casas del llano. El aire del cuarto zumbaba en mis orejas. Estuve tentado de volver a echarme. Respiraba mal. Respiraba un hilito de aire iluminado por el sol de las primeras horas de la mañana. Apoyé, como en sueños, todo el peso del cuerpo en el tubo de latón, y esperé. Poco a poco fui recobrando las cosas, el aire, como un pan. Miré la huella de la guitarra. Las caderas, los

hombros, el esbelto cuello de una mujer, me llamaban. Pero yo tenía que procurarme comida. Salí del cuarto trastrabillando. Afuera, en el pasillo, el silencio casi me asfixió de tan hondo como lo habían cavado los otros. Para romperlo de algún modo di una palmada débil a la pared, pronuncié el nombre de Nemesio y seguí rumbo a la cocina. En la cocina encontré moscas y platos sucios. Cerrada la ventana que daba al exterior. Pero en el desorden de la mesa, entreví un pedazo de pan y galletas. Salté como un tigre sin carnes, aéreo, sobre lo que había descubierto. Las moscas huyeron. Me senté y empecé a devorar el pedazo de pan, mirando con ojos de codicia las galletas, los restos de comida en los platos. Estaba ya con las migajas cuando oí abrir y cerrarse la puerta de la calle. Las moscas, como si nomás esto hubieran estado esperando, volvieron a tomar posesión de la mesa. En lo primero que pensé fue en el hombre de la guitarra. Oí otras puertas también. Una mosca pasó volando hacia el pasillo. Los ruidos de la casa habían cesado. Me imaginé al hombre sentado en la silla; su cadenita y sus uñas negras. Pensé que me gustaría oírle tocar; pero no se me ocurrió nada. Alguien irrumpió de pronto en el pasillo, los pasos lentos. Se dirigía, al parecer, a la cocina. Probablemente el hombre, fastidiado de esperarme, cansado de estar sentado, salía en mi busca, se aventuraba por la casa. Pero conforme los pasos iban acercándose, comprendí. Los reconocí. Nemesio estaba parado en la puerta de la cocina. Llevaba un velicito en la mano, su viejo saco de casimir echado al hombro.

—¿Por qué te levantaste? —me preguntó.

—Tenía hambre —respondí.

—Me voy, Miguel.

—¿Y los demás?

—Me dejaron de guardia, por si regresaba el de la guitarra. Me dijeron que no me fuera a distraer para nada. Aquí me estuve, sentado a la mesa, comiendo en la mesa, durmiendo en la mesa... Estoy molido. Está claro que el hombre ese ya no vino. Sí. Eso está claro; pero ¿y Saliel, y Sabás, y Braulio? Hoy salí temprano a recorrer las calles a ver si me los topaba. Y nada.

—Andarán tras del hombre. ¿Viste, te metiste en las sombras, Nemesio?

—Te digo que fue temprano.

—Allí hubieras podido encontrarlos, entonces; cuando salga el sol y aparezca la sombra.

—No. Para mí que huyeron del pueblo. Me engañaron. Recobraron la famosa guitarra y la han vendido.

—Espera a mañana.

—No puedo. Miguel. Ya no hay qué comer. Excepto esas galletas. Pero te las dejo a ti. Eres un convaleciente. Te sabrán a gloria.

Nemesio no dijo más. Hizo un movimiento con el velicito como si lo sopesara. Dio media vuelta y se fue.

No lo oí cerrar la puerta. Al quedar solo sentí frío en el corazón. Nemesio me había quitado el hambre. Las ganas hasta de levantarme para volver al cuarto. Las moscas andaban por encima de las galletas como por un montón de ruinas. Dos habían descendido al fondo del plato como a un valle y parecían estar reposando. Las espanté a todas. Luego, estiré la mano y tomé las galletas. Numerosas de las espantadas, en el aire, dieron una vuelta completa y se revolieron contra mí a disputarme el botín. Entonces me levanté. Me siguieron. Me mordían y daban de topecitos en la mano. Pero yo no soltaba prenda. El pasillo, su hondo silencio re-

cogía el fragor del desesperado ataque. Las galletas comenzaron a reblandecerse por el sudor. No podía utilizar la otra mano porque con ella me iba sosteniendo en la pared. Sentía ondulado el piso. La puerta de mi cuarto no quedaba ya lejos; la distinguía abierta, clara como un cuadro de luz... La cerré detrás de mí. Ni una mosca había logrado colarse conmigo al cuarto: diezmaditas, llenas de terror, zumbaban afuera. Apoyado de espaldas en la puerta las estuve escuchando un buen rato. El sol en mi cama incendiaba de blanco las sábanas. El latón tenía un brillo caliente. Me separé de la puerta y, acercándome a la cama, dejé caer el botín. Las sábanas se mancharon de oscuro, de festoneados medallones color chocolate. La silla se encontraba también bajo el imperio del sol. Decidí que era mejor sentarme que acostarme. La moví de modo de quedar yo de frente, mirando la huella de la guitarra, un lado mío en sombra. No pensaba dormir, pero en cuanto me senté, el sueño me ganó. En mi ausencia, el sol bajó de la cama, resbaló por el latón, caminó pasito por el piso, por mi cuerpo, hasta alcanzar la ventana y saltar a la calle.

Desperté a media tarde. Con hambre. Me acordé de las galletas. Fui por ellas. El sueño me había fortalecido. Las galletas conservaban el calor del sol todavía y me pareció que éste las había oscurecido aún más. Pensando en el hombre de la guitarra y en los locos, empecé a comérmelas, cuidándome de hacerlas rendir. Roía la última —eran unas ocho— cuando alguien entró a la casa. Unos segundos después vi cómo se abría la puerta del cuarto para dar paso a Sabás. Me sorprendió verlo. Sabás me miró y luego miró la huella de la guitarra en la pared.

—¿Y Nemesio? —me preguntó—, no está en la cocina. ¿A dónde se fue?

—A buscarlos a ustedes.

—¿A nosotros?

—Dijo que lo habían engañado y que habían huido con la guitarra, lejos, a venderla.

—No es cierto, Miguel.

—A mí me sonó razonable, Sabás.

—Yo ando solo, Miguel.

—¿Y los otros?

—Cada uno por su rumbo, Miguel. Pero aquí, en el pueblo. Sabás me vio la boca, la mano con el pedacito de galleta.

—Qué es lo que comes —me preguntó.

—Galletas.

—Las galletas son mías. ¿Quién te las trajo?

—Nadie.

—¿Nemesio?

—Yo fui por ellas.

—¿Tú? ¿te levantaste?

Sabás adelantó un paso hacia mí. Sabás tenía unas cejas propensas a endiablársele a la menor contrariedad. Aquella tarde estaban sucias de polvo. Me amenazaban:

—Contratamos al tipo para diversión tuya —me dijo, cruda la voz—, por tu mucha debilidad.

Sabás dio otro paso más hacia mí. Me puse en guardia casi como una sombra. Pero Sabás no me tocó, sino que pasó de largo hasta la huella de la guitarra en la pared. Con un dedo extendido fue siguiendo su contorno. Lo hizo muy lentamente, y cuando terminó, me dijo sin voltear a mirarme:

—Pero no me importa. Es tu salud. Tu vida, Miguel.

—Sí —respondí entre dientes.

—Las galletas tendrás que reponérmelas una vez que te hayas aliviado, Miguel.

Me senté al borde de la cama. Sabás y yo mirábamos a un mismo tiempo la pared. Entonces él, tan desolado como el guitarrista, me dijo:

—¡Qué tristeza, Miguel!, la que nos anda por dentro.

Sabás volvió a seguir con el dedo el contorno de la huella. Yo miré para fuera. Las casas del llano me resultaron ajenas, como si nunca hubieran existido, como si hubieran descendido, mientras hablábamos Sabás y yo, del cielo de la tarde. Lucían un color amarillento, de huesos viejos, recomidos por el sol y el aire. Vi una figura humana doblando una esquina. Llevaba el sol a la espalda.

—El sol está perdiendo sus fuerzas —le dije a Sabás—, señal de que estamos próximos a otra estación.

Sabás quitó su dedo de la pared y se contempló la yema, blanca de cal. Caminó a la puerta, y antes de salir, me dijo:

—Si regresa Nemesio, dile lo enojado que estoy con él. Abandonó su puesto. Libró mis galletas a tu apetito. Me llevaré mi ropa. Parece que tendremos que buscar por toda una eternidad a ese hombre, Miguel.

Apenas cerró la puerta Sabás, me puse a pepenar migajas de galletas de encima de la cama. No lo hice con avidez. Ni por hambre. Recogía una por una como si las estuviera sacando, a través de una agua rodada, del lecho de un río. Las muy pequeñas se me escapaban y eran arrastradas por la corriente silenciosa. No sé cuánto permanecí en la pesca, pero cuando terminé y volví los ojos afuera, vi que estaba pardeando la tarde y que la tierra tenía el color de la ceniza. Las sombras estaban coagulándose rápidamente en el horizonte. Asomé las narices al aire de la calle, y entonces, desde alguna parte del cielo, me llegó el olor a luna. No me gustó nada eso: iluminado el pueblo, la búsqueda del de la guitarra continuaría y quizá dieran, al cabo, con él. Era gente temible la de la casa. De amarga sangre. La luna estaba hinchándose en el cielo como una semilla. Yo no la podía ver, pero la sentía. Se encendieron luces en el llano. Nuestra única fuente de luz en la casa era una lámpara de petróleo. Pero la lámpara nunca salía de la cocina. Los locos la habían pegado para siempre a la tabla de la mesa. Procuré, en la penumbra, la silla, y me senté. Con trabajo se alcanzaba a distinguir la huella de la guitarra en la pared: podía ser una mancha cualquiera, de agua, de tiempo, en la cal. Pensé también que tal vez Sabás, con su índice moroso, habría esfumado el contorno

de la huella. Entonces me levanté de la silla y fui a la pared: nada, de cerca tampoco mejoraba el aspecto de la huella.

La luna me despertó. Estaba mirándome por la ventana, suspendida del dintel. Interpuse una mano entre su cara brillante y la mía. Bajo la sombrilla de la mano revisé el cielo. Unas cuantas estrellas y una claridad como de alba. Me levanté. Tomé mi ropa, doblada bajo la almohada, y comencé a vestirme. La dura luz de la luna en el piso se reflejaba en las paredes y en la huella de la guitarra, entonces sí harto visible. Yo no iba a quedarme en la casa. Yo iría también por el resto de mi ropa al armario común. Vestido ya me alisé el pelo y caminé rumbo a la pared de la guitarra. El corazón me daba saltos en el pecho. La luz de la luna me enfriaba las piernas a través del pantalón; pero los muslos, en penumbra, estaban calientes. Antes de llegar abrí la mano derecha, con la palma hacia delante. La luna había comenzado a bajar por el cielo y se hundía más hondo en las sombras del cuarto. Puse la palma de la mano en el centro de la huella de la guitarra. La pared, en ese lugar, tenía la consistencia de la carne. No me pareció absurdo esto. Era como si yo hubiera estado esperando encontrarme con una cosa así. Sé que Sabás pensó en hacer lo mismo que yo estaba haciendo entonces, pero no se atrevió. Retiré la mano de la pared. El corazón me latía suavemente, aplacado de pronto. Me volví hacia la ventana: no pude ver ninguna estrella. La luna se las había comido. Y no tardaría en zozobrar. De modo que, pensando que no me quedaba mucha luz para ir también en busca del hombre, me apresuré a salir del cuarto para recoger mi ropa del armario, en el cuarto vecino. El pasillo estaba como iluminado con una luz propia, bastante más sutil y penetrante que la de la luna y que lo embellecía sobremanera. Quise tocar la cal de sus paredes, batir con mis manos su aire. Y entonces oí la guitarra. Creí que era en mi cuarto. La guitarra lloraba por su oscuro ojo como una mujer afligida. Regresé allá. El hombre había vuelto, había burlado a los de la casa, había logrado afinar la guitarra... Yo iba con el corazón dándome de saltos otra vez... Pero en el cuarto no encontré a nadie. Y la guitarra había dejado de sonar. La desolación me aplastó. Sentí resurgir mis males. Me eché en la cama, que flotaba en la luz de la luna, con su cabecera y sus pies de latón que parecían de oro.

Cerré los ojos.

La luna pronto rodaría a otro lado del cielo.

Nunca hallarían al hombre. Y yo me iba a dormir para siempre; para siempre, en este pueblo sin mujeres.

La primera edición de Jesús Gardea editada por la Universidad Nacional Autónoma de México y el Programa Cultural de Las Fronteras, se terminó de imprimir el 4 de febrero de 1991 en Grupo Edición, S. A. de C.V., Xochicalco 619, Col. Vértiz-Narvarte, 03600 México, D.F. Se tiraron 1 000 ejemplares en tipos de English Times de 13, 12, 11 y 9 pts. Cuidó la edición Elva Macías, Jefa del Departamento de Voz Viva.

La presente edición de Jesús García editada por
la Universidad Nacional Autónoma de México y
el Programa Cultural de las Naciones, es fruto
de la impresión de 4 de febrero de 1991 en Grupo
Editorial S. A. de C. V., Av. Insurgentes 419, Col.
Yucatán, México, D. F. Se tiraron
1 000 ejemplares en tipo de papel 100% algodón.
El precio de venta es de \$15.00. Este libro es parte
del Programa de Voz Viva.